



Cuerpos que importan : sobre los límites materiales y discursivos del sexo por Judith Butler. Buenos Aires : Paidós, 2002

Autor:

Gluck, Mónica

Revista

Mora

2004, N° 9 y 10, pp. 163-167



Reseña



BUTLER, Judith

Cuerpos que importan.
Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo", Buenos Aires, Paidós, 2002, 345 págs.

Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo" es la traducción al castellano de *Bodies that matter. On the discursive limits of "sex"* (1993) de Judith Butler. Con la inclusión de la palabra "materiales" en el subtítulo la traductora al castellano resuelve el juego de sentidos del título en inglés, que parece referir no sólo a la opción elegida sino también a *matter* como la "materialidad" del cuerpo. Son éstas las dos líneas clave para la lectura del texto: ¿qué clase de materialidad es la del cuerpo? (o más, ¿de qué hablamos cuando hablamos de "materia"?) y ¿cuáles cuerpos son los que importan?

También podemos leer *Cuerpos que importan* como la respuesta a las críticas que recibiera el polémico *Gender Trouble* (1990) (traducido bajo el título *El género en disputa*), una respuesta que retoma y extiende la apuesta teórico-política de esta autora que cierra el Prefacio diciendo "[Este texto], como un intento de aclarar mis "intenciones", parece destinado a producir una nueva serie de interpretaciones erradas. Espero que, al

menos, resulten productivas." (pág. 15)

Catorce años después del revuelo producido por *Gender Trouble*—aunque tal vez muchos menos en estos pagos del Sur donde la difusión de las obras de la autora ha aumentado recientemente a partir de la traducción de varias de sus obras—, no debería ya sorprendernos el tono polémico de sus escritos. Judith Butler escribe manifiestos políticos, por momentos casi panfletarios, pero de modo consecuente con su posición que señala tanto la necesidad de la crítica teórica para sentar en buenas bases la acción política, como los efectos políticos de los que debe hacerse cargo cualquier intervención teórica. La posición de enunciación, quien habla, tiene alto voltaje político. Lo enunciado, aquello que escribe, tiene alto vuelo teórico. De modo que, independientemente de que podamos compartir o no su posición, la lectura de *Cuerpos que importan* invita y aporta a una reflexión crítica acerca de los supuestos que soportan nuestras prácticas tanto teóricas como políticas.

El pensamiento foucaultiano acerca del poder y del discurso, el concepto de interpelación en Althusser, los desarrollos de Irigaray respecto de la exclusión constitutiva del binarismo falogocéntrico, la

teoría de los actos de habla de Austin y Searle, los aportes de Freud y Lacan en el campo de la constitución subjetiva, la noción derrideana de citación, Platón y Aristóteles en cuanto al concepto de materia, más la lectura de algunas obras de ficción, constituyen la materia prima del texto de Butler. Sobre estos pilares, la autora construye una lectura crítica y traza su propia trayectoria.

Si en *Gender Trouble* Butler desarrolló su teoría performativa del género, en este libro la profundiza vinculándola con la materialidad de los cuerpos, cuerpos que se materializan como sexuados. Contra la posición que opone una naturaleza pasiva y feminizada—el cuerpo, el sexo a la cultura como principio constructivo y activo—el género—, reproduciendo el esquema materia/forma de la filosofía clásica, Butler señala los riesgos de admitir hechos pre-discursivos de carácter sustancial e inmutable. En particular los riesgos que implica, en los movimientos feministas que hacen la distinción sexo/género, la aceptación acrítica de la diferencia sexual, ya que "esa materialidad tan valorada bien puede estar constituida a través de una exclusión y una degradación de lo femenino que, para el feminismo, es profundamente problemática". (pág. 56) No



se trata de negar la "realidad" de los cuerpos, del nacimiento, envejecimiento, enfermedad o muerte de los mismos sino que, cuando se afirma algo acerca de esta materialidad o realidad del cuerpo o del sexo, en tanto acto de discurso esta afirmación es performativa: "no hay ninguna referencia a un cuerpo puro que no sea al mismo tiempo una formación adicional de ese cuerpo. En este sentido no se niega la capacidad lingüística para referirse a los cuerpos sexuados, pero se altera la significación misma de "referencialidad". En términos filosóficos, la proposición asertórica es siempre, hasta cierto punto, performativa." (pág. 31-32)

Si la diferencia sexual está siempre marcada por las prácticas discursivas, la categoría de "sexo" opera como ideal regulatorio. Aquí Butler retoma y reformula la concepción foucaultiana

de poder productivo al afirmar que el "sexo" produce (demarca, circunscribe, diferencia) los cuerpos que controla, no como la condición estática de un cuerpo sino en un proceso obligado de recitación o reiteración de la norma que, a la vez, instituye la norma como tal y gobierna el acceso a la subjetividad. Produce, materializa la diferencia sexual tal como está formulada en la versión hegemónica de heterosexualidad

En fin, según Butler, la materialidad de los cuerpos es el efecto de una dinámica de poder en la que performativamente la reiteración de discursos produce los fenómenos que regula o impone; y el "sexo" es la norma cultural que gobierna esa materialización. El yo corporal del sujeto hablante se forma en un proceso identificatorio que, de acuerdo con estos ideales regulatorios, permite algunas identificaciones sexuadas y excluye otras. En la reiteración temporal de la norma, en este proceso de materialización, se abren brechas y fisuras, el sexo se produce y a la vez se desestabiliza: lo excluido, el campo invivible de la abyección, se constituye en amenaza para la estabilidad de la norma hegemónica y en oportunidad para la rearticulación de los términos de inteligibilidad que definen qué cuerpos importan.

La apretada síntesis del párrafo anterior no pretende ser evidente de suyo y es argumentada minuciosamente a lo largo del libro. Comienza con la reconstrucción genealógica del concepto de materia buscando mostrar el sexo de la materialidad, la matriz generizada que opera en la afirmación discursiva de la materialidad como lo opuesto precisamente a lo discursivo, a la significación. Se remonta a los conceptos aristotélicos de *hylé* y *schema* que pone en paralelo con el *alma*, en *Vigilar y castigar* de Foucault, que obra como un esquema que produce y realiza el *cuerpo*. En ambos casos no se trata de una materia independiente -*hylé*, cuerpo que recibe una forma exterior -*schema*, investiduras interiorizadas del poder o alma- sino que "son coextensivas la materialización y la investidura". (pág. 64) No hay materialidad previa o sin su significación. Lo que no es considerado por Foucault es el campo de exclusiones que produce esta sujeción normalizadora. Es el momento en que Butler refiere a la tesis de Irigaray en *Speculum*: las distinciones binarias materia/forma, cuerpo/alma, o materia/significación responden a una economía falogocéntrica que produce lo "femenino" como su exterior constitutivo. De este "femenino"



como exceso del que nada puede decirse debe diferenciarse el "femenino" especular de la oposición masculino/femenino. Como la *chora* platónica, espacio de inscripción, receptáculo que nunca recibe una forma, que es figuradamente identificado como nodriza, madre o útero pero que no puede ser propiamente figurado porque es condición de toda figuración. Irigaray lee el *Timeo* de Platón en un ejercicio retórico de mimesis que busca poner en descubierta que lo que es excluido de la esfera de inteligibilidad, la *chora*, está ya dentro del sistema como su exterior necesario pero también como amenaza desestabilizante de la fantasía de autogénesis masculina. Butler por su parte retoma el desarrollo de Irigaray en una lectura perspicaz del estilo irigariano, pero crítica la apropiación



del campo de lo excluido por lo femenino, apropiación que no considera los Otros excluidos del campo de la razón masculinista (en relación al sexo o género pero también a la raza, clase, etc.).

Si hasta aquí Butler se ocupó de "discernir la historia de la diferencia sexual codificada en la historia de la materia" (pág. 93), en "El falo lesbiano y el imaginario morfológico" propone un retorno crítico a Freud y Lacan, al psicoanálisis, para mostrar cómo la heterosexualidad normativa -los criterios de sexo inteligibles- opera para constituir los cuerpos. En su lectura de algunos textos clave de ambos autores, Butler señalará por un lado las contradicciones internas así como las operaciones retóricas que llevan a la dialéctica del "ser" y del "tener" el falo, dialéctica que desestabilizará con su invocación al "falo lesbiano" como ocasión para morfogénesis alternativas al modelo heterosexual normativo. También tomará la definición freudiana del cuerpo, el yo corporal como imagen proyectada, para mostrar el cuerpo como una conjunción de figuración imaginaria y materialización.

Esta figuración y materialización del cuerpo conlleva la asunción performativa del "sexo" y la sexualidad en un marco de

restricciones políticas registradas psíquicamente (procesos identificatorios regulados por normas sociales). La construcción performativa, ni esencialista ni constructivista, debe ser entendida como iteración, repetición regularizada y obligada de normas, rituales reiterados bajo presión y mediante restricciones, prohibiciones y amenazas que devienen productivas. Las identificaciones protegen contra ciertos deseos (básicamente deseos homosexuales abyectos y en general toda la gama de disconformidades identificatorias) y facilitan otros, y "Si asumir un sexo es en cierto modo una "identificación", parecería que la identificación es un sitio en el cual se negocian insistentemente la prohibición y la desviación". (pág. 153)

En el ámbito político, las lógicas de exclusión mutua exigen una coherencia sin fisuras de la identidad. Butler propone no reproducir esta violencia (contra sí y contra los otros) y considerar, en cambio, el desplazamiento de las identidades como un conjunto expansivo de conexiones. Señala también que los sujetos están compuestos por identidades culturales múltiples (género, raza, sexualidad, clase, ubicación geopolítica) mutuamente imbricadas entre sí. Toma como ejemplo (novedoso respecto de sus escritos

anteriores) los regímenes reguladores de la "raza" que se cruzan con los del sexo/género para regular la reproducción racialmente pura y conjugan la homosexualidad y el mestizaje como su exterior constitutivo.

En una instancia más de análisis de la materialización subjetiva, Butler recurre al concepto althusseriano de interpelación social en el que el temor y la sujeción son el precio del reconocimiento. Sin embargo, observa que los términos de la interpelación -a veces injuriosos como *queer*- están sujetos a rearticulaciones y acataamientos paródicos, cuyas consecuencias exceden la intención de la ley de imponer disciplina. Paradójicamente permiten "derivar cierta capacidad de acción de la imposibilidad de elección". (pág. 182)

Butler dedica algunos capítulos del libro al análisis de obras de ficción: el filme *París en llamas*, una selección de textos de Willa Cather, y *Passing* de Nella Larsen. La lectura de estas ficciones es ocasión para, en el primer caso, considerar el travestismo y su potencialidad subversiva o reforzadora de las normas hegemónicas de heterosexualidad. El desplazamiento de las identidades sexuales y el papel del nombre en la desestabilización del género, en el segundo.



Y la regulación de una reproducción racialmente pura en el tercero.

En diálogo crítico con el psicoanálisis lacaniano y la aplicación de éste a la teoría política (aquí junto con Laclau y Žižek en una comunicación que se ha plasmado en el año 2000 en el libro *Contingency, Hegemony, Universality. Contemporary Dialogues on the Left* ya traducido al castellano), Butler retoma una vez más el concepto de performatividad y sus efectos materiales. Sostiene que "concebir el 'sexo' como un imperativo implica afirmar que un sujeto es interpelado y producido por esa norma y que esa norma —y el poder regulador que representa— materializa los cuerpos como un efecto de ese mandato". (pág. 268) Pero esa materialización no es completamente estable ni exhaustiva. Además, este imperativo requiere e instituye un "exterior constitutivo", lo indecible, lo inviable, que asegure los límites de la materialidad. Si se entienden los significantes políticos, en particular los que designan posiciones de sujeto, no como "descriptivos" sino como signos vacíos que se cargan de investiduras fantasmáticas, éstos producen una ilusión de completitud o unidad de la identidad pues desconocen su campo de exclusiones constitutivas. Sin embargo, para Laclau y



Mouffe, este campo de exclusiones implica el carácter contingente constitutivo de toda práctica signifiante y su apertura a un conjunto de posibilidades futuras de inclusión. Retomando esta alternativa, Butler propone "ocupar" el lugar del signifiante (por ejemplo, "mujeres") ya que el signifiante ya nos ha "ocupado". Pero también que esa "ocupación", mediante su reiteración performativa, sea aceptada como un campo de oposiciones y permanezca abierta a un futuro no predecible.

Plantea también una crítica al psicoanálisis —que hace extensiva a Žižek—, en tanto éste pretende fijar lo excluido de la estructura subjetiva por el trauma de la castración, por un lado por el rasgo sexista que sitúa a las mujeres como lo abyecto; por otro, por el

esencialismo ontológico que supone esta ley invariable que opera sobre cualquier régimen discursivo. Es diferente aceptar que toda diferenciación implica su propio campo de exclusiones como condición de posibilidad, que fijar esta estructura y sus exclusiones como inamovibles y ahistóricas (Butler critica a Lacan por separar y reificar el orden Simbólico del Significante para mantenerlo a distancia de las producciones históricas del Imaginario).

Finalmente, Butler toma el término *queer* para mostrar la temporalidad de sus significaciones pues ha pasado de referir a una sexualidad patologizada a una resignificación afirmativa. Señala que aquellos cuerpos que cobran vida al ser socialmente interpelados con un agravio quedan ubicados en los límites de inteligibilidad disponibles (un ser como no ser). La citación opositiva de *queer* por aquellos sujetos interpelados homofóbicamente por el término pone en evidencia a la "ley" y ésta deja de controlar su propia estrategia de abyección. Dado que no hay nunca coincidencia completa entre el nombre y aquella vida que anima, su ocupación reiterada tiene la cualidad ambivalente de persistencia e inestabilidad. La crítica genealógica, la acción afirmativa y la admisión de

que no puede controlarse la trayectoria discursiva de la categoría son las armas teórico-políticas propuestas por la autora a las coaliciones de mujeres, *queers*, *gays*, o lesbianas para refutar los empleos misóginos u homofóbicos de estos términos.

Para concluir: desconfiando de la gramática del sujeto, Butler fuerza la escritura en sus textos con recursos al gerundio como sujeto/sustantivado. Podríamos evocar en esta manobra el célebre "devenir mujer" beauvoiriano. El gerundio evoca el "devenir" mujer pero no ya con un sujeto anterior y sustantivo que ejerce su voluntad sino como un hacerse mujer mediante la reiteración de enunciados y actuaciones que producen el efecto ilusorio de una identidad estable —reforzada por el sustantivo tanto como por la suposición de un "cuerpo" sexuado natural previo a su generación—. Un devenir en el que el cuerpo sexuado es *soma* y *sema*: interpelaciones "externas" que al nombrar otorgan el deseado reconocimiento, prácticas identificatorias relacionadas con ideales "interiorizados" que al reiterarse insisten en la búsqueda de una identidad estable y reconocible. No hay un siempre ya "cuerpo sexuado" sino un devenir, una historia de enunciaciones y actuaciones reitera-

das desde el nacer hasta el morir en que alguien está tratando de "ser", corporizándose, sexuándose/generizándose, en fin, diferenciándose y siendo diferenciado, subjetivándose/sujetándose y siendo subjetivado/sujetado. El éxito de estas operaciones produce el efecto de una identidad estable. Pero la aparente estabilidad de las significaciones o de lo performativamente naturalizado y designado como prediscursivo —el cuerpo o el sexo natural— velan su carácter histórico y por tanto contingente. Velan la inestabilidad que habita a la reiteración y que atañe al proceso mismo de "materialización", de "corporeización". Cada citación de una norma implica un plus que la excede, al citarla negociamos en complicidad con lo cultural y políticamente hegemónico porque buscamos reconocimiento —para ser un "cuerpo", es decir un "cuerpo que importa"—; sin embargo no todo nuestro ser es alcanzado por la nominación ni encarnamos perfectamente al significante. Es esta misma inadecuación la que impulsa la reiteración/citación performativa de normas con sus efectos de estabilidad e inestabilidad. Es esta inadecuación la que permite hablar de "agencia" (*agency*) y de cambio como resultado de los desplazamien-

tos, que tanto resignifican normas (nuevas significaciones para significantes ya existentes) como crean nuevos significantes (nuevos significantes para nuevas significaciones). Mas esto no es sólo juego de discursos, no es una aventura textual sino historia de las texturas, de la materialidad misma a la que llamamos cuerpo.

Interviene aquí el aspecto prescriptivo: si bien el cambio no es necesariamente subversivo del orden hegemónico (por ejemplo, la actuación femenina del travesti puede no ser subversiva sino, por el contrario, servir al refuerzo de los estereotipos heterosexuales) y es planteado como efecto de actuaciones en una trama de relaciones de poder que exceden la voluntad de los individuos y de los colectivos en que éstos se agrupan; admitir la posibilidad de cambio posibilita e invita a ubicarse subjetiva y políticamente en la posición de ampliar los horizontes culturales de inteligibilidad para lograr que "importen" aquellos cuerpos abyectos, exiliados del ser: "la tarea consiste en reconfigurar este 'exterior necesario' como un horizonte futuro, un horizonte en el cual siempre se estará superando la violencia de la exclusión". (pág. 91)

Mónica Gluck

